

TERCERA SECCION.
EN LA OMBRE DE LA LAMPE.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I.

Diogenes en Paris.

—¡Bien venido, mi querido Varnhagen von Ense, bien venido en Paris! decía el señor de Pilat, secretario privado del Conde de Metternich, a un jóven bien parecido, á quien el uniforme de oficial austriaco le venia perfectamente. Habia algo de guerrero y de audaz en el aspecto de este jóven; pero estas cualidades se suavizaban con el bello azul de sus ojos y cierta expresion de calma é inteligencia.

—¡Bien venido en Paris! repitió el señor de Pilat, estrechando las manos del jóven. Aunque hace algun

tiempo que estais aquí, tengo hoy por primera vez el gusto de saludaros.

—Sois un hombre muy ocupado, contestó Varnhagen, sonriendo, y estais en el mejor camino para ser un gran diplomático.

—Bien podeis chancearos, contestó el señor de Pilat; teneis bastante razon en este siglo en que gobierna el dios Marte. Nosotros los diplomáticos hacemos un papel bien triste, en este tiempo que domina el sable.

—¡Vaya! exclamó el jóven, echando una mirada irónica sobre los aposentos magníficamente amueblados y la sociedad que se movia en ellos. Me parece que la posicion que guardan aquí los diplomáticos, no es despreciable.

—De ninguna manera, contestó el secretario privado de Metternich, y en voz tan alta, que se comprendia su intencion de hacerse oír de los demás concurrentes. S. M. el Emperador Napoleon, se ha dignado recibir la Embajada extraordinaria de su augusto suegro, con una benevolencia particular. Vivimos aquí como huéspedes de S. M. francesa, en el magnifico palacio del Mariscal Ney, estando á nuestra disposicion toda la munificencia que puede proporcionar la hospitalidad imperial. Las relaciones entre los dos países, que se hallan estrechamente unidos por los lazos mas tiernos que ligan á ambos soberanos, nunca han sido mas cordiales ni mas sinceras. —Solamente en apariencia, dijo entonces en voz apé-

nas perceptible el consejero de corte de Floret, que acababa de pasar muy cerca de Varnhagen.

—Pero decidme ¿cómo encontráis á Paris? continuó el Señor de Pilat, ¿ya habeis visto el museo Napoleon?

—Mi primera visita la dediqué á mi excelente amigo Chamisso, á quien esperaba encontrar aquí, y felizmente lo encontré, contestó Varnhagen.

—Su sorpresa y alegría habrán sido grandes.

—Así ha sido en efecto; no tenia ni aun sospechas de mi venida.

—Habeis sido muy feliz al encontrar á la vez á un buen amigo, y á un excelente Cicerone, porque Chamisso, este hombre singular, este francés que es á un mismo tiempo poeta y sábio aleman, quedando sin embargo francés, quiere á Paris y lo conoce perfectamente bien, lo mismo que á sus tesoros artísticos.

—En efecto, es un fenómeno como quizá no lo ha habido ni lo volverá á haber jamas. A esto se agrega que es un hombre muy amable y de buen genio.

—El conde de Metternich y los dos principes de Schwarzenberg le conocen bien, y por esto le invitan á sus reuniones. Tambien hoy vendrá. Pero todavía no habeis contestado á mi pregunta con respecto á Paris.

—Bien, dijo Varnhagen, he visto los principales edificios y monumentos, los *boulevards*, los *quais*, el *palais royal* y el jardin de las Tullerias, y despues me he dedicado á examinar el tesoro de antigüedades, y las pinturas.

—Y supongo que estando allí, habreis experimentado atracción hacia aquellos objetos.

—Conoció que hay en esto en París un interés universal para nosotros, que por otra parte nada tiene que hacer con esta capital, propiamente hablando, sino que la casualidad la ha hecho el centro de esta clase de producciones artísticas.

El secretario privado de Meternich, arrojó una mirada de desconfianza sobre los grupos de gente que se hallaban más próximos, y luego tomando del brazo á Varnhagen, se paseó con él en la sala, como por casualidad, dirigiéndose á un sitio en que los dos podían hablar libremente.

—¿Y el museo Napoleón? volvió á preguntar el señor de Pilat.

—Allí están reunidas, en efecto, muchas cosas grandes y magníficas, contestó Varnhagen, no se pueden ver y admirar lo bastante. Lástima que todos estos tesoros se hayan traído de Italia, Alemania y España como botín de guerra.

—Es cierto, dijo el señor de Pilat en voz baja, ellos son en parte adquiridos en la guerra, y en efecto, la primera impresión que se recibe al verlos, es como si se estuviera delante de un monumento triunfal.

—¿Y no es así? preguntó Varnhagen, lo que se ha reunido allí no es por amor al arte, sino por ostentar la gloria militar, y así lo demuestran todas las circunstan-

cias. El agua que se ha dejado penetrar, ha echado á perder los cuadros más preciosos y de inmenso valor, y más ha contribuido á esto la cal y el polvo, porque no se ha tenido cuidado de ponerlos en otro sitio, cuando los albañiles y carpinteros han estado trabajando allí. A esto hay que agregar la estrechez y oscuridad de los salones.

—Y decidme, amigo mío, le interrumpió aquí el secretario privado de Metternich, ¿qué opinión habéis formado de las obras de los antiguos: de las estatuas de Apolo, de la magnífica Diana, de la portentosa Juno, de la hechicera Venus.....? ¡Oh! si no tuviera yo tantas ocupaciones, iría con más frecuencia á presentar mis homenajes á esas divinas figuras!

—A pesar de mi humor poco á propósito, contestó Varnhagen, sonriéndose de los giros extraños que daba á la conversación su compañero diplomático, me ha impresionado en algunos momentos, toda la belleza del arte de los antiguos. Después de Apolo, me sucedió principalmente con las dos divinidades colosales del Tíber y del Nilo, que son obras de grande belleza y mérito.

—Sí, ¡el Apolo, el Apolo! exclamó el señor de Pilat. ¿Conoceis también la leyenda romántica que se liga con el nombre de esa divinidad?

—No.

—Se refiere que la belleza de Apolo causó una impresión tan grande en una joven, que cayó de rodillas

á adorar la estatua, y permaneció en esta postura hasta que la obligaron á salir de aquel sitio. Esta tenia la confianza de que Apolo se dejaria conmovir de sus ruegos y grande amor, para trasformarse en sér viviente.

—Esto es algo para Chamisso, dijo Varnhagen, que puede formar de ahí una composicion poética.

E inclinándose al oido del secretario, le dijo en voz baja:

—«La niña puede hacer entonces el papel de los patriotas que están de rodillas ante el pueblo alemán, implorándole que salga de su letargo y pase á una vida de accion».

El secretario de Pilat afectó no haber comprendido. Luego, golpeándose la frente, dijo de buen humor:

—Mi querido Señor de Varnhagen ¡qué hombre tan distraido soy! me perdonará vd..... las muchas cosas que tiene uno en la cabeza.....

—¿Que es lo que debo perdonaros? preguntó Varnhagen, sorprendido.

—Qué no os he presentado á las personas que se hallan en este salon, en lo que reconócereis que no soy á propósito para las reuniones. Pero ved, ahí viene el amigo Chamisso y el consejero Floret. Iremos á saludarlos. El último puede enmendar mi descortesía. Debeis haberle conocido cuando se hallaba agregado á nuestra legacion en tiempo del príncipe Schwarzenberg.

Acababan de entrar los dos personajes mencionados. El

Sr. de Pilat habló todavía algunas palabras corteses y se fué luego con el pretexto de que tenia que hablar al conde de Metternich. Varnhagen se fué luego con su amigo Chamisso, personaje muy importante en el mundo literario. Una profunda gravedad, producida por las anomalías del mundo, se hallaba concentrada en su pecho, y esta circunstancia le hacia expresarse en un lenguaje sencillo, pero imponente y audaz, con palabras enérgicas, sobre la libertad y los derechos naturales del hombre, y con burla y sátira sobre las estravaganeias en la vida comun de la especie humana.

Nacido en el castillo de Boncourt, en la Champaña, y refugiado en Berlin, juntamente con sus padres, siendo niño, fué Chamisso, desde la edad de quince hasta la de diez y siete años, paje de la Reina madre. Despues sirvió en el ejército prusiano hasta la edad de veintise años. Firmada la paz de Tilsit, volvió con su familia á Francia; pero ya figuraba entre los primeros poetas de Alemania.

Habiéndose dedicado tambien con aprovechamiento á las ciencias naturales, acababa de recibir en Paris el empleo de catedrático de las mismas ciencias, en el Liceo de Napoleonville. Sin embargo, todo su sér, con su corazon y espíritu, habia quedado alemán, por lo que sus deseos se concentraban en volver á la Alemania en donde le esperaba una luminosa carrera literaria.

Varnhagen le queria mucho, y estimaba ante todo la verdad de sus opiniones poéticas, su buen genio, su amor

á la naturaleza, el gran caudal de su saber y sus nobles sentimientos.

Varnhagen consideraba por consiguiente la entrada de su amigo en medio de esas personas extrañas para él, como un rayo solar de la primavera que aparece en un paisaje de invierno. Ambos se saludaron cordialmente. También el consejero de Floret fué saludado por Varnhagen, porque le conocia y le estimaba. De Floret, el mayor de Tettendorf, el conde de Wratislaw, y el capitán de caballería, de Böhm, pertenecian á la legacion austriaca en Paris, á cuya cabeza se hallaba en aquella época, el príncipe Carlos de Schwarzenberg. El conde de Metternich se hallaba en Paris con una mision especial cerca de la corte del emperador de la Francia, en aquel tiempo omnipotente.

—Voy á ejecutar fielmente el encargo que me hizo Pilat, dijo el consejero de Floret á Varnhagen von Ense. Tengo el encargo de presentaros á las personas de esta reunion, la que es muy interesante, porque encontraremos tambien fuera de los relumbrones, originalidades y grandes hombres.

—A estos últimos deseo conocer, contestó Varnhagen. Principalmente espero ver y conocer al célebre viajero *Alejandro de Humboldt*.

—Vendrá indudablemente en compañía de su hermano Guillermo, que irá dentro de poco á Viena como minis-

tro plenipotenciario de Prusia, tocando de paso á Paris, para una mision especial.

—Son un magnífico par de *Dióscuros* estos dos hermanos, dijo Chamisso con entusiasmo. Alejandro ya es ahora, á una edad de cuarenta y un años, un *poder* en las ciencias, y Guillermo otro como hombre de Estado, poeta y filólogo.

—No son estos los únicos hombres de importancia que suelen venir aquí, dijo el consejero de Floret. Ved á aquella figura de aspecto imponente. En la frente de este hombre y en sus ojos claros, se conocen el poder de la firme voluntad y la expresion del espíritu reflexivo.

—Parece de mi edad, y segun su aspecto ser francés, dijo Varnhagen.

—Tiene veinticuatro años, y es desde Setiembre del año pasado, ¡casó inaudito! miembro de la Academia, en lugar de Lalande.

—¡Aragón! exclamó Varnhagen, con alegría.

—Lo conoceréis luego; pero ahora os diré con quien está hablando.

—Con dos cómicos, le interrumpió Chamisso, irónicamente.

El consejero sonrió y dijo:

—Uno es en efecto Talma, el primer cómico de la época.

—Un artista en el espíritu y en el sentido de la palabra, añadió Chamisso; incansable en la tendencia de re-

presentar los sentimientos mas íntimos del hombre. Es necesario que lo veais, para comprender lo que dice de él la fama.

—Tiene una gran fama en el mundo, contestó Varnhagen. Mi permanencia aquí me proporcionará tambien el goce de conocer á este gran místico. ¿Y quién es el individuo que está cerca de él?

—Es el Doctor Gall, dijo Chamisso. Cuidado con él, porque ningun cráneo de hombre está á cubierto de sus investigaciones. La Medicina, la Jurisprudencia y el Estado, se hallan amenazados en sus bases por su craneoscopia.

—Pero siempre es un grande y profundo pensador, opinó Varnhagen.

—Sí, dijo Chamisso; mas no deja de ser un gran charlatan.

En aquel momento se notó cierto movimiento alegre entre los concurrentes, porque de la sala inmediata acababan de entrar tres señoras, las cuales aunque diferentes en edad, podian rivalizar entre sí, por su gran belleza. Dos eran muy jóvenes y la otra de mas edad, y habria sido difícil resolver si la victoria de la belleza y de la amabilidad, la obtendrian las mas jóvenes, ó la de mas edad.

Semejantes á las Tres Gracias, pasaban platicando alegremente, cerca de los amigos. Varnhagen estaba tan sorprendido y vislumbrado, que no pudo notar la cir-

cunstancia de que su amigo Chamisso se habia ruborizado á la entrada de estas sílfides, y que á una de ellas le acontecia lo mismo. Pero la aparición solo duró unos momentos..... porque luego desaparecieron las tres bellezas, perdiéndose en un salon inmediato.

—¿Quién era la mas joven de estas señoras, preguntó Varnhagen, con entusiasmo; ese sér hechicero y lleno de atractivos? A las otras dos las conozco, eran las princesas de Schwarzenberg, madre ó hija.

—La tercera, era la joven princesa *von der Leyen*, dijo Flor. t.

Chamisso se dirigió á un lado, porque conoció que su cara permanecia aún encendida.

—Jamás he visto una niña mas hermosa, continuó Varnhagen. ¡Qué elocuencia espiritual de sus facciones tan combinada con una expresion de inocencia infantil!

—¡Y qué profundidad de sentimientos y nobleza de alma! añadió Chamisso.

—¿La conoceis, pues, personalmente? preguntó Varnhagen.

—Sí.

—Segun sé, el señor de Chamisso le está dando instruccion, dijo el consejero.

Una risa general, muy rara en esas reuniones, resonó en estos momentos del lado del gran salon. Los tres amigos se miraron sorprendidos, y Floret exclamó alegremente:

—¡Magnífico, magnífico! querido Varnhagen. Teneis una fortuna.

—¿Por qué? preguntó éste.

—Porque conocereis hoy á una gran notabilidad, á uno de los hombres mas raros de la sociedad parisiense.

—¿Y quién es?

—*El Diógenes de París.* Dirigid vuestras miradas á aquel grupo alegre, por donde pasa en estos momentos un hombre de edad, como de sesenta años.

—¡Dios miol exclamó Varnhagen. ¿Qué hace este hombre aquí, en esta reunion tan brillante, con su vestido tan usado y en desórden..... y la enorme barba blanca.....?

—Este es nuestro Diógenes.

—¿Pero quién es?

—¿No habeis oido nunca mencionar al Conde de *Schlaberndorf*?

—¡Dios miol exclamó Varnhagen. ¿El filósofo, uno de los hombres mas nobles?

—Y uno de los mas originales, añadió Floret.

En efecto, aquel personaje era uno de los fenómenos mas originales. Su sencillez filosófica se demostraba aun en medio del lujo mas espléndido de los salones de París, por un vestido usado y roto y un exterior que indicaba contumbres casi cínicas. El, que casi nunca dejaba su habitacion sucia y mala, aborrecia las grandes reuniones, en las cuales se le veia muy raras veces; y en

estos casos solamente por motivos graves. Entonces su originalidad causaba risa entre los concurrentes. Schlaberndorf la toleró tambien en aquella noche, solo..... por estar algunos momentos junto con Alejandro de Humboldt. Indiferentemente pasó este hombre original cerca de los uniformes bordados de oro y de todos aquellos hombres cubiertos de condecoraciones, así como de la multitud de bellas señoras adornadas con diamantes.

—¿No ha venido Humboldt? era la única pregunta que dirigia de cuando en cuando á uno de los de la servidumbre, y cuando esta pregunta era contestada negativamente, murmuraba en tono enojado de las cabezas llenas de paja, y de las muñecas de moda. Todo el mundo se reia entónces, solo Chamisso dijo indignado:

—¡Miserables! Ninguno de ellos puede compararse en nobleza de alma á este ermitaño original, á este venerable y enigmático anciano de la calle de Richelieu!

—¿Y por qué le llamais ermitaño? preguntó Varnhagen.

—Porque lleva en cierto modo la vida de tal, contestó el jóven poeta. En el hotel *des Deux Siciles*, en la calle de Richelieu, á donde le llevó hace años el postillon, despues de su llegada de Inglaterra, ocupa hoy todavia el mismo cuarto en el segundo piso, que jan a cierra y del que sale raras veces. Sin servidumbre de ninguna clase, con un mobiliario muy miserable, con vestidos rotos, con todo lo adyacente á las costumbres

de un individuo que pertenece á la secta filosófica de los cínicos, recibe allí diariamente el Diógenes de Paris, (como él mismo se titula,) innumerables visitas de hombres de todas las clases de la sociedad y de todas las naciones; pronto á interrumpir toda ocupacion para entablar una conversacion cualquiera, con toda la riqueza de su imaginacion. Si lo hace, puede cautivar por espacio de cuatro, aún de cinco ó de seis horas, sin interrupcion á los que le escuchan, con la mas bella armonía de sus pensamientos, con su viva imaginacion y con un interes siempre creciente. ¿Sabeis lo que sucedió el otro dia á Guillermo de Humboldt?

—No.

—Humboldt visitó á Schlaberndorf. Al despedirse le alumbró el último hasta la escalera; allí se quedó con la vela en la mano, siguiendo la conversacion con Humboldt hasta que salió la aurora. (1)

—¡Magnífico! exclamó Varnhagen. Es un hombre original como no he visto otro. De todo esto resulta que sus originalidades no son afectadas.

—De ninguna manera, contestó Chamisso. Ellas no son mas que abortos de una alma enteramente sana. Schlaberndorf es muy instruido en idiomas, ciencias y artes. Con esto le anima una tendencia grande hácia la investigacion, mientras su excelente corazon le con-

(1) Hecho positivo. Varnhagen von Ense: "Memorias" tomo 1º, pág. 153.

vierte en protector de toda obra benéfica, y en padre de todos los pobres.

—Su caridad no conoce límites en el verdadero sentido de la palabra, interrumpió Florét. No teniendo casi ningunas necesidades, emplea todas sus rentas que son considerables, en obras de beneficencia, y esto lo hace en secreto.

—Así es, dijo Chamisso; se ha trasformado en un benefactor de todos los pobres, especialmente de los alemanes, y lo que quiere decir mas, añadió Chamisso en voz un poco mas baja, tiene un carácter tan franco é independiente, que no hace ningun secreto de su odio á Napoleon.

—Me admiro entonces como escapa de la persecucion de éste, dijo Varnhagen, tambien en voz baja.

—Esto es debido á su vida retirada y á sus originalidades, que lo hacen pasar por un hombre poco peligroso en política, contestó el señor de Florét.

—Y sin embargo, dijo Chamisso al oido de Varnhagen, es el autor anónimo del célebre folleto «El Emperador Bonaparte y el pueblo francés, bajo su Consulado.»

—¡Cuidado señores! dijo el consejero de Florét, muy bajo; vienen los embajadores de la Confederacion del Rin.

Pasaron en efecto los embajadores de Baviera y de Wurtemberg, rodeados de caballeros y diplomáticos franceses. Despues pasaba la princesa de Esterhazy, acompañada de la condesa de Neipperg. A éstas se

agregaron los condes de Wallmoden, Bentheim, Sternberg, Paar y Coudenhoven, y los condes de Sickingen, con una serie de bellezas femeniles. A poco se vió la figura original del conde de Schlaberndorf, y luego lo presentó el consejero de Floret á Varnhagen. Habiendo quedado casi solo el salon donde se hallaban, habla el anciano sin reserva alguna, porque le habia simpatizado el jóven oficial austriaco. Despues de haberse expresado de la juventud presente, considerándola feliz, habló de un modo burlesco de su edad y de sus blancos cabellos, preguntando:

—¿Sabeis, señor mio, que en una sola noche he encanecido? Si podeis prescindir de las conversaciones frívolas de estas gentes, el señor consejero os contará la historia. Ella tiene bastante interes psicológico. Yo mismo os la referiria, si no tuviera que hablar con Alejandro de Humboldt.

Dichas estas palabras, se dirigió con este objeto el hombre original á otro salon.

—Venid, pues, dijo Floret á Varnhagen: Sentémosnos unos cuantos momentos en este confidente; cumpliré con el encargo de nuestro Diógenes, porque esta historia es en efecto muy interesante. Los dos se sentaron, y Floret comenzó de la manera siguiente:

—Durante la revolucion y el régimen de terror de Robespierre, se habia hecho sospechoso nuestro buen Schlaberndorf, como todo hombre de talento, y principalmente en su calidad de extranjero y conde, así como

por ser amigo de Condorcet, Mercier y Brissot; por este motivo estuvo preso diez y ocho meses, primero en la consergería y despues en el palacio de Luxemburgo, esperando dia por dia ser conducido á la guillotina.

—¡Horrible pensamiento! exclamó Varnhagen. Es muy fácil para un hombre de valor ver á la muerte frente á frente en el campo de batalla, ó en cualquiera otro peligro; pero esperar diariamente, por el término de diez y ocho meses, ser conducido á la guillotina.....!

—A todo se acostumbra uno en el mundo, dijo el consejero, y ¿por qué no tambien, á esperar diariamente la muerte? En la prision encontró nuestro amigo bastante oportunidad para hacer lucir su elocuencia y dar pábulo á su buen corazon. Daba consejos, prestaba auxilios pecuniarios, escribia defensas á sus compañeros de infortunio, aunque inútilmente, y daba lecciones de idiomas y diversas ciencias; pero al fin llegó el dia señalado para el suplicio, y creyendo entonces inevitable la muerte, entregó su considerable fortuna, la mayor parte en libranzas, á su amigo Oelsner, que estaba libre aún, y podia visitarlo. «Tomad el dinero, le decia, y huid á donde podais. Consideradlo como vuestro, y si me volvéis á ver, devolvedme lo que exista. Si muero, os pertenece todo.» Oelsner pasó felizmente las fronteras francesas, y vivió oculto algun tiempo en Italia, donde sufrió bastante miseria, y aún hambre, por no disponer de la fortuna de su amigo, entregándosela despues con gusto, sin que le faltara nada.

—¡Muy bella acción! exclamó Varnhagen; ¿pero cómo escapó nuestro Diógenes de una muerte tan segura?

—Del modo siguiente: Un día vino como de costumbre el carro del verdugo, para llevar á las personas que debían ser guillotinas, y en la lista se hallaba el nombre de Schlaberndorf. Sin contradicción y sin quejarse, se levantó para sufrir su suerte, porque el valor y la presencia de ánimo le eran peculiares. Vestido como estaba le faltaban sus botas: las buscaba con empeño y aún el mismo alcaide le ayudaba en esto; pero en vano no se encontraban. Lleno de enojo, dijo nuestro filósofo al alcaide: «Sin botas no puedo ir; esto lo conoceréis. ¿Sabeis lo que convendría hacer? dejadme aquí hasta mañana, que un día mas ó ménos no importará.» El alcaide consintió. Veinticuatro horas de dilacion no importaban: el carro estaba muy lleno de gente, y una persona mas ó ménos no se notaba en aquel tiempo. El verdugo se llevó, pues, sus víctimas y nuestro amigo se quedó. A la mañana siguiente volyieron por mas presos. Schlaberndorf, provisto entonces de botas, estaba listo para la triste marcha, pero..... su nombre no estaba en la lista; tampoco al tercer y cuarto día..... y en fin, ya no volvió á aparecer su nombre; cosa muy natural, se suponía que ya habia sido guillotinado. Así quedó nuestro Diógenes olvidado en la prision, hasta que la caída de Robespierre le devolvió, como á muchos otros, la libertad. Mas una cosa le sucedió..... aunque habia pasado la víspera del

segundo día en que esperaba con la mayor sangre fria y presencia de ánimo ser guillotinado..... sus cabellos y su barba habian encanecido enteramente en esa noche.

El consejero guardó silencio despues de haber hecho la narracion anterior: en el mismo momento abrieron la puerta del salon principal, y el ayuda de cámara anunció al baron Alejandro de Humboldt.

CAPITULO II

El gran viajero

Humboldt Alejandro de Humboldt..... El coronel de Varnhagen se acordaba tanto haber oido hablar de este gran viajero, del distinguido naturalista que vivia entonces en Paris, cargado con la obra colosal de las regiones e inmensidad del nuevo Continente, que no pudo resistir el deseo de conocerle y de verle en persona. Despues de mucho trabajo consiguió Varnhagen ser presentado al gran viajero, y le dio la bienvenida con el mayor respeto. En los dias de su estancia en Berlin, Humboldt le contó muchas cosas interesantes de su vida y de sus viajes.